TIEMPO DE MEMORIA

Terenci Moix

EL PESO DE LA PAJA

Memorias completas

TUSQUETS EDITORES

TERENCI MOIX
EL PESO DE LA PAJA
Memorias completas

Prólogo de Boris Izaguirre

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: febrero de 2023

© por el prólogo, Boris Izaguirre, 2008

El cine de los sábados
© Herederos de Terenci Moix, 1997
© Editorial Planeta, S. A., 1998

El beso de Peter Pan
© Herederos de Terenci Moix, 1997
© Editorial Planeta, S. A., 1998

Extraño en el paraíso
© Herederos de Terenci Moix, 1997
© Editorial Planeta, S. A., 1998

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-1107-233-5
Depósito legal: B. 302-2023
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

PEFC
PEFC/14-38-00305
Certificado PEFC
Este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y fuentes controladas
www.pefc.es

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

Abriéndome a Terenci, *por Boris Izaguirre* 9

El cine de los sábados
Prólogo, *por Pere Gimferrer* 19
Presentación: La ciudad de Roma en el año 1969 d.C. 23
Libro primero: Entre el cine y los altares (1942-1950) 49
Intermedio romano (1969) 193
Libro segundo: Si fuera un rancho me llamarían «Tierra de Nadie» (1950-1956). 209
Primer epílogo romano (desde la soledad). 317

El beso de Peter Pan
Prólogo en las ciudades míticas. El año 1993, d.C. 341
Libro primero: Un avión vacío volaba sobre Barcelona (1956-1958). 351
Libro segundo: Años de aprendizaje (1958-1962) 495
Epílogo en nunca jamás (1993) 765
Epílogo. Terenci Moix: la vida como literatura, *por Carlos Castilla del Pino*. 779

Extraño en el paraíso
Libro primero: Sueños de bohemia (Barcelona-París) 1962-1963 791
Primer intermedio: Tumbas recobradas 931
Libro segundo: Pícaros de Chelsea (Londres, 1964) 949
Segundo intermedio: De letras y afectos 1095
Libro tercero: Aprendizaje del dolor (Madrid-Barcelona) 1965-1966 1113
Envoi 1203

Presentación
La ciudad de Roma en el año 1969 d.C.

Cuando yo nací, las comadres creían que Jartum se llamaba Addis Abeba. La Virgen de Fátima aseguraba que Rusia se convertiría. Un amigo de la Pasionaria mantenía que la Virgen estaba borracha. Y, a todo esto, la tía Florencia decía que la Pasionaria era una cerda.

Cuando la razón quiso desentrañar tantas contradicciones, prescindí de filósofos y pensadores, de poetas y polemistas. Desde la pantalla, el gallardo espadachín Scaramouche me enseñó la divisa que habría de definir mi vida entera: «Nació con el divino don de la risa y la convicción de que el mundo estaba loco».

Ninguna filosofía, ninguna religión, ninguna sexualidad han conseguido mejorar este ya antiguo convencimiento.

Cuando regreso al Peso de la Paja, retrocedo ante cualquier intento de adivinar cuándo empezaron a cambiar los nombres de las cosas. Descubro entonces que ya en mi niñez, cuando corría por aquella plaza, los nombres estaban condenados y mi distanciamiento del mundo completamente decidido. Que ya era un extraño entonces, cuando nada conocía, y extraño seguí a fuerza de descubrimientos y a costa de visitas continuamente repetidas. Porque he hecho las maletas para salir de muchos paisajes, de muchas ideas, de muchos idiomas y, en resumen, de muchos cuerpos. Y en este equipaje que siempre se marcha llevo un cargamento de soledad, y, al igual que uno de mis personajes, sólo sé ejercer el oficio de experto en soledades.

Mientras las comadres seguían emperradas en que Jartum se llamaba Addis Abeba, los cines que rodeaban el Peso de la Paja dejaron todo preparado para que mis actividades fuesen un continuo plagio. Toda belleza es reproducción de bellezas creadas en paisajes artificiales. Todo amor, un calco de sentimientos que antes vivió Bette Davis. Cualquier catástrofe, una réplica de la que se abatió sobre Ranchipur. Y, así, el trasplante de la realidad a mi espíritu sólo es anécdota que se estrella frente a la sensación de que imito continuamente a la vida sin conseguir interpretarla.

Sueños falaces nacieron en las callejas que rodean el Peso de la

Paja; caminos artificiosos arrancaron de muy diversas y apolilladas pantallas, en la comunión del cine de los sábados..., la comunión que tomaron todos los onanistas del siglo.

De todos mis exilios —los que elegí, los que me imponen— es el más pintoresco aquel que tiene el onanismo como punto de partida. Sin él no sería escritor, sin él no habría sido amante. Y, al reconocerlo ahora, lo encubro como el único arte que ha llegado a afectarme completamente.

Este reconocimiento tuvo lugar en Roma, una noche que se pretendía de placer, después de un acontecimiento que se quiso universal. Caía el verano de 1969 y el hombre acababa de pisar la Luna. Roma entera vivía la madrugada pendiente del televisor porque en sus dos mil años la ciudad no había sabido enviar conquistadores tan arriesgados hacia reinos tan imposibles. Pero si los americanos pateaban la Luna sólo era para frustrar mis fantasías. No acudieron a recibirles flamígeras huestes de hombres-halcones, ni fueron torturados por pérfidas reinas con ojos almendrados y estómagos desnudos palpitando entre sujetadores de perlas y bragas de lamé dorado. La retransmisión televisiva hacía llegar a bares, clubs y discotecas la decepción de un páramo completamente impersonal, transmitido en imágenes temblequeantes cuyo realismo anularía para siempre todas las posibilidades de la fantasía.

Ni una metrópoli de cúpulas de amatistas, surcada por puentes aéreos, ni observatorios circulares adornados con telescopios de platino, ni inmensos reflectores proclamando sobre el firmamento que el hermoso Flash Gordon yacía en brazos de una turbadora vampiresa interestelar.

Ante otras meditaciones del mismo género, mi imprudente amigo Livio me tachó de iluso. Y no niego que lo fuera, aunque él tenía que saberlo porque se había disfrazado de príncipe Barin para excitarme y yo me había teñido de rubio como Flash para contentarle en los establos vacíos del palacio de su puta hermana, en Siena.

Así que me sentí privilegiado por ser iluso y me jacté de ello, alegando, además, razones históricas:

—Pertenezco a la generación que creyó a pie juntillas que el suelo del cine Windsor estaba hecho con mármol de Murano.

—Querrás decir cristal de Murano o mármol de Carrara.

—Quise decir mármol de Murano o cristal de Carrara. Ésta es la triste ironía de mi generación: en nuestro criterio, ni el cristal ni el mármol serán nunca del lugar donde se fabrican. Por esto esperé que en la Luna hubiese cúpulas de Giotto pintadas por los escenógrafos de la Fox.

Las evidencias de aquel alunizaje también clausuraban el imperio de la imaginación que había caracterizado a la década agonizante. En el recuerdo, su iconografía aparece representada por la decoración del apartamento de Livio, en la parte más alta de un viejo *palazzo* vecino al Panteón de Agripa. Aquella iconografía se alborota como todos los recuerdos que me dejaron los años sesenta. Aquella decoración me emociona, ya por su eclecticismo, ya por su inconsistencia. O acaso porque, al recordar mi década privilegiada, percibo en todo su dramatismo los estragos de la fugacidad.

Objetos que alternaban la recién inaugurada afición por la antropología con las primeras evasiones hacia el exotismo, fruto de las estancias en las costas de Túnez —todavía un descubrimiento selectivo— y el indispensable viaje a la India. Pero también reproducciones de obras arquitectónicas y planos urbanísticos realizados en el taller de arquitectura de Livio, alternando con litografías de arte pop renovadas según las oscilaciones del gusto, propias de aquella época en que descubríamos un ismo por semana. Y, entre la modernidad y la evasión exótica, algunas antigüedades estratégicamente situadas en los estantes de una sacristía barroca, procedente de no sé qué pueblo de la Basilicata y convertida en librería/discoteca.

Por las distintas mesas lacadas de blanco, los *coffee table books* de arquitectura, decoración, arqueología, diseño, orientalismo y mitologías cinematográficas diversas —Garbo, Marlene, cine musical— todo ello primorosamente expuesto a guisa de escaparate que pretendiese erigirse en testimonio de las selectas aficiones del dueño y sus visitas habituales.

En lugar predominante, el televisor, ingenio al que la memoria humaniza porque era el compañero permanente de nuestra cinefilia, cuya avidez satisfacía con viejas películas que solíamos devorar ante una cena a base de bocadillos, un par de porros, el whisky de Livio y mi habitual Sambucca. Revisábamos, así, muchos títulos que nos hubiera sido imposible recordar de otro modo, porque no existía el vídeo y ni siquiera en el más loco de los sueños podíamos imaginar que algún día tendríamos en casa las películas amadas, usurpando el lugar de los libros que ya no amamos tanto. (Era la época de la nostalgia, la moda del *camp,* el instante en que los intelectuales dejaban de exigir que el buen cine fuese sólo el soviético y sabían celebrar un doble sentido de Mae West. El tiempo en que la figura de Superman era equiparada a los modelos de Praxíteles, y los Beatles y los Rollings alternaban con Mozart y Beethoven en los gustos de los eclécticos y ante el escándalo de los ortodoxos.)

Pero yo seguía frustrado porque la Luna hollada por los americanos resultase peor que las que habían sabido proponer en las películas. Más adelante, diría Pasolini travestido de Giotto: «¿Para qué realizar una obra de arte, cuando es mejor soñarla?». Sin tanto intelectualismo, Bette se le anticipó en dos décadas cuando le dijo a Paul Henreid: «No pidamos la Luna..., ¡tenemos las estrellas!». Un representante del intelectualismo sofisticado y una reina del melodrama popular dejaban bien sentado que, a nivel de estricto onanismo, siempre es mejor dejar a la Luna donde la dejaron los poetas.

Así continuamos jugando al despropósito hasta que llegaron la extravagante negroide Bube, otras dos modelos amigas suyas y un gallardo vividor por quien se habían peleado Anna Magnani y la condesa Ada de Robertis, en las tardes locas del Circeo.

Eran cuatro cuerpos espléndidos, hechos a la medida de la década, y sus mentes, también del tiempo, guardaban adorables sesos de mosquito, por lo cual manifestaron su entusiasmo por el primer alunizaje del hombre. Pero yo insistí en que no habían llegado, que era una Luna falsa. La auténtica brillaba muy al fondo de mis sueños, esperando a que alguien la descubriese de verdad.

El galán iba vestido de meditador hindú pasado por las saunas de Londres. Las mozas lucían vestidos sumamente cortos, blanco nieve, salpicado con los círculos y triángulos negros propios del pop-art, y una de ellas iba tan recargada de cuadrículas amarillas, que la recuerdo como si llevase un Mondrian encima. Todo muy años sesenta. Es decir, todo muy perdido.

Cuando Livio y yo habíamos aplaudido aquellos atuendos, Bube y sus amigos se desnudaron en honor de los astronautas cuyo nombre nunca he recordado. Al punto llegó Vince, el criado hippiuelo de Livio, aportando bebidas y porros. El vividor de Bube encendió barras de pachulí mientras Livio ponía en el automático discos muy rayados de Bessie Smith y Billie Holiday, como hacíamos los esnobs de aquella lejana época. Y yo me ocupé de distribuir las luces de manera provocativa, como habíamos visto en los espectáculos porno de Ámsterdam (ésta era entonces la medida de una experiencia erótica). A la media luz, el vividor exhibió un pene descomunal que dijérase dotado de vida propia porque, al igual que una pitón impúdica, se movía en busca de los senos de Bube y una vez en ellos se instalaba, jugueteando, mientras las otras dos mujeres se besuqueaban y, abiertas de piernas, orientaban sus bien depilados pubis hacia el rostro de Livio, esperando que se decidiese a intervenir, animándome a mí también. Todo a la manera de los intercambios que se llevaban entonces.

Ninguna novedad capaz de restituirnos la fantasía que los americanos nos habían robado en el espacio. Porque el erotismo de grupo ya era una práctica tan requerida en las mejores fiestas romanas que, de novedad, había pasado a constituir una rutina. Y aunque a mi llegada a Roma me había divertido, a los pocos meses sólo era una parte más en la obligación de estar *in* o simplemente de no estar *out* (como solíamos decir, también, cuando éramos tan jóvenes). Pero no bien superé la sorpresa inicial de sentir mi cuerpo tocado por varias saetas al unísono, preferí pasarme las reuniones tendido en un rincón y obtener mi placer en la observación de los demás, como si todos sus retorcimientos, a veces hermosos, a veces idiotas, se desarrollasen sobre una pantalla Miracle Mirror. Y tanto observé las escaramuzas eróticas de los más refinados italianos que acabé escribiendo un artículo en *Destino,* lo cual sólo importaría por la novedad que representó el tema en la España del franquismo si no fuese porque al contarlo me pasaron las ganas de vivirlo. Y es una fatalidad bien curiosa que siempre que he escrito sobre algo ha dejado de interesarme. Tal vez porque, al convertir en síntesis lo vivido, se perdía el aliciente de la aventura. O acaso porque, asimilada la experiencia por los demás, me convertía en uno de ellos, y esto es algo que siempre me costó aceptar.

Pero aquella noche de los astronautas todos estábamos muy fumados y los cuerpos ejecutantes continuaban actuando para Livio, que me secundaba en la observación, como solía, pero con la autoridad que le otorgaba el ser autor y director de aquel asunto. Como era su costumbre, no había dejado nada a la improvisación. Estaba acordado que las dos modelos harían un poco de lesbianismo, siguiendo la moda de las revistas para ejecutivos, y que Bube se acariciaría continuamente los senos, mientras un gallardo joven de alquiler la sodomizaba a discreción y a destajo. De manera que todo llevaba la marca de Livio, especialmente cuando sonó en el tocadiscos un villancico andaluz que contaba cómo bebían los peces en el río. Yo estaba demasiado emperrado en mis propias ensoñaciones para decirle a mi amigo que el villancico no venía a qué, pero comprendí sus intenciones al comprobar que las percusiones de la zambomba se correspondían exactamente con los avances y retiradas del pene del macho en el ano de la negroide.

Al margen de aquella exigencia rítmica, la ambientación musical propuesta por Livio estaba dirigida por la misma diarrea mental que se había apoderado de muchos culturalistas italianos en su descubrimiento y coleccionismo de la música etnográfica. Y si en una deter-

minada polémica con Elsa Morante y Pasolini, yo había soportado las más extravagantes disquisiciones sobre el sentido trágico y parateatral de la saeta, no me costaba nada aceptar que los ritmos de percusión del villancico tenían sus orígenes en alguna remota danza guerrera, como pretendía Livio. Ni siquiera intenté polemizar, porque en aquel 1969 la Italia culta quería creer que los Pirineos eran el Atlas y los andaluces vivían en tribus más o menos nómadas. (La Morante, sin ir más lejos, se pasó algunas comidas intentando convencerme de que todas las andaluzas eran sufridoras y se llamaban Araceli.)

En un momento determinado sucedió lo que mejor podía arruinarle a Livio la velada: los ejecutantes escaparon a su batuta y cometieron el error de sentir por sí mismos. No tanto Bube, que conocía las reglas de la casa, cuanto el vividor, que empezó a arrastrarse como una perra en celo, solicitando sin duda una penetración inmediata. En este punto, Livio manifestó su aburrimiento y los echó a todos, menos a mí, como era costumbre.

Se fueron los intrusos y Livio se trasladó a su dormitorio, pidiéndome que le acompañase. Pero yo preferí quedarme a solas, en el cultivo de mis fantasías intransferibles. Gracias a ellas, por ellas, mi sexualidad era dueña de sí misma.

Yo era extremadamente vulnerable a los efectos de la marihuana, y lo era de una manera infantiloide. Al tercer quite mi mente se encontraba viajando por deliciosas tierras de maravillas, envuelto mi ánimo en músicas celestiales, promotoras de visiones jocundas y serenas a la vez. Acompañado generalmente por las voces de Callas o Streisand, levantaba sobre un armónico océano primordial multitud de islotes flotantes, diluidos en nebulosas de plácidos colorines.

Como buen hijo de la época vivía una onda plástica ecléctica y, por esto mismo, apasionante. Pugnaba entre los engaños ópticos de Vasarely y aquellas teorías de la arquitectura electrográfica que solía encontrarme en las conversaciones más recientes, ya fuese a través de los arquitectos de Cadaqués, ya de los colegas de Livio. De manera que, entre las nebulosas de la marihuana, se me aparecían columnas dóricas con las estrías realzadas por tubos fluorescentes de muy variados colorines, como si mis fantasías, ambientadas generalmente en escenarios de la Antigüedad clásica, se estuviesen desarrollando en Futurópolis. Y era tal mi entrega a aquellas deformaciones que el salón de Livio se fue perdiendo de vista y al instante me sentí transportado a los jardines de un palacio pompeyano.

En el centro de un selecto círculo de triclinios, presididos por algún emperador de gran renombre, Bube y los suyos continuaban

fornicando, si bien con mejor disposición que cuando lo hicieran de verdad. Mi visión les mejoraba. Aparecían las tres mujeres coronadas con guirnaldas de rosas y el mozarrón movía en el trasero una colita de fauno. Y, aunque oí que Livio me llamaba desde la realidad para que me reuniese con él, yo permanecí acurrucado sobre mí mismo, fabricando colores y luces que se prolongaron hasta la madrugada. Tuve así mi placer a solas en aquel atrio pompeyano que no me era desconocido. Pasé mi infancia edificándolo y dediqué la adolescencia a amueblarlo primorosamente.

Habría transcurrido media mañana cuando mis ensoñaciones se vieron cortadas por las palabras autoritarias de un patricio de mucho empaque que daba vueltas por el atrio, transmitiendo órdenes sin cesar. A juzgar por la nobilísima estructura de su rostro y las cuatro canas divinamente colocadas sería un senador, un filósofo de postín o acaso un veterano de las guerras de Octavio, retirado a sus posesiones africanas. En cualquier caso, emanaba tal capacidad de mando que habría ingresado directamente en el orden de mis delirios si, al descorrer las cortinas con un gesto violento, no hubiese revelado un atuendo familiar y excesivamente cotidiano: una sahariana color crema y unos cuantos colgajos bereberes, que denotaban cierta forzada informalidad. Así supe que el imprudente Livio se estaba preparando para irse a su taller de arquitectura y daba a Vince las recomendaciones de cada mañana. Y el hippiuelo, con ojos todavía adormilados, iba de un lado para otro, recogiendo vasos a medio consumir, vaciando ceniceros y ordenando la ropa que anoche quedó dispersa.

Dijo Livio que no recordaba nada de la fiesta. Yo le contesté que había sido lo de siempre. Espiritismo, erotismo de grupo o el consabido juego de la torre. Cualquier cosa servía. No variaban tanto las noches romanas.

Preguntó si, para variar nosotros un poco, habíamos conseguido hacer el amor.

Yo le contesté que cada uno por su lado y de propia mano.

No consideré su pregunta una indiscreción vulgar, puesto que él jamás podía serlo. Le importaba tanto mi realización que ni siquiera se molestaba en disimular delante del servicio. Mucho menos delante de Vince, a quien tiempo atrás introdujo él mismo en su lecho.

Decían amigos comunes que le encontró predicando doctrinas de paz en un puerto de Creta entonces inédito y hoy convertido en estercolero del turismo de masas; un último paraíso que se llamó Agia Galini. Ofrecía Vince una imagen típica de los años sesenta y por lo

tanto presta al fetichismo: rubias guedejas que se desplomaban por su espalda, como un Cristo del American Express, figura efébica como los actores que se desnudaban en la escena culminante de *Hair* u otros musicales pseudomísticos de Londres; los inevitables *Diarios de Anaïs Nin* en la mochila, cuatro ideas de taoísmo mal asimiladas y demás formas de la sabiduría propias de la década. Y aunque Livio no podía llamarse exactamente un hijo de la misma, pues le pescaba en la cuarentena, tuvo la inteligencia de asimilar todas sus ventajas, de manera que no tardó en considerar a aquel bucólico americano como el complemento ideal para sus juegos de fantasía. Pero Vince aspiraba a reproducir los amores de Dafnis y Cloe en espacios bucólicos amenizados por musiquillas *country,* de modo que casi se desmayó ante la primera aparición de Livio disfrazado de oficial nazi, con gafas negras y gruesas cadenas en la mano. Todo aquel conjunto, recortado por la obligada iluminación en claroscuro, hizo huir al etéreo efebo. Después, se tranquilizó porque supo que todo era postizo y que Livio, cuando no iba de nazi, votaba comunista y no se perdía una manifestación antifranquista o pro-Vietnam, entonces muy de moda en Roma. Sería aquella afirmación de progresía, unida a la bondad natural de Livio, lo que le convenció de quedarse en calidad de criado fiel que sabía reservar sus opiniones, esconder sus reparos y tener siempre en orden el uniforme de oficial nazi, el taparrabos de Tarzán y las botas y el chaleco de corsario del Caribe.

Livio tomó asiento a mi lado y empezó a reflexionar sobre las ventajas e inconvenientes de nuestras pequeñas manías. Pero yo adopté mi sonrisa más ingenua —es decir, la más funcional— y aduje que su armario ya estaba lleno de disfraces y tramoyas cuando la negroide Bube me llevó a su apartamento. También le recordé que, sin aquel carnaval, yo no estaría allí, y él tampoco me interesaría si no atendiese al nombre de Livio que, intelectualismos aparte, era como se llamaba Stephen Boyd en *La caída del Imperio romano*. Terminé aclarándole que, sin mi capacidad de apreciar aquel nombre magnífico, tampoco él me aguantaría, antes bien estaría buscando putos caros en la terraza de Doney's, como solía hacer antes de mi llegada al palacio sienés de su hermana.

Una vez más se entristeció —aunque sólo lo justo— al reconocer que toda nuestra experiencia erótica se limitaba a reproducir las revisiones de películas antiguas que nos brindaba la televisión.

De camino hacia el taller, solía dejarme cerca de mi apartamento, situado en una encrucijada privilegiada que abarcaba cantidad de rutas míticas: Via Veneto, Trinità dei Monti, Via Sistina y, un poco más

allá, los caminos que conducen a Villa Borghese. Roma estaba alborotada por los fuegos del verano, lo cual, unido a las atrocidades del tráfico, convertían la mañana en un verdadero infierno. Pero yo todavía estaba aletargado y veía las calles inmortales sobre la misma pantalla de la noche anterior: desfilaban como en un suntuoso *traveling* los palacios de Ottocento, las ventanas renacentistas integradas en algún emplasto Liberty, las diminutas fontanas agregadas a la mugre de esquinas que todavía se atrevían a sostener la capillita de alguna *madonna* de uso doméstico.

¡Qué película estaba viviendo un pobre niño de la calle Ponent de Barcelona o, si lo preferís, de la Rue Lepsius de Alejandría!

Desayunamos en el lugar de siempre, una cafetería inglesa cercana a la plaza de España. Yo todavía dormitaba sobre mi capuccino cuando Livio sacó de la cartera una fotografía y, disimulándola entre los pliegues del periódico, me la mostró. Reproducía mi rostro, pegado al cuerpo de otro.

Mi rostro había sido recortado de una fotografía que Livio tomó recientemente en Anticoli Corrado, donde a la sazón pasaban los veranos María Teresa León y Rafael Alberti. El cuerpo correspondía a uno de esos atléticos jóvenes de las revistas americanas que, bajo el pretexto del fisicoculturismo, solían mostrar el desnudo masculino con el máximo de permisividad. Todavía quedaba lejos la autorización de la pornografía, y aquellas revistas pretendían sustituirla mostrando a los modelos en actitudes generalmente heroicas, con la sola cobertura de un diminuto pedazo de tela, una bolsita llamada *posing strap*. (Del nombre de una de esas revistas, *Mate World,* saqué el título de mi novela *Mundo Macho.)*

Cierto psiquiatra amigo de Livio me preguntó si aquellos trasplantes de mi rostro a otros cuerpos no me creaban en algún momento conflictos de identidad. Y yo me eché a reír porque nada estaba tan lejos de mis intenciones ni de mi erotismo. Por el contrario, me halagaba ser aquel joven atleta en las fantasías de Livio y me sentía muy aliviado al pensar que por mucho que él exigiera —y sus sueños exigían el máximo— nunca me incomodaría con peticiones que me obligasen a enfrentarme a la realidad. Por decirlo de algún modo: aun cuando yo dedicase todos mis días a adquirir el fornido cuerpo que me atribuía, cuando lo tuviese, él ya estaría exigiendo otro distinto. Colocaría mi identidad real en una identidad soñada y ambos nos realizaríamos sin tener que pasar por la pesadez del sexo compartido.

Yo sabía que ningún cuerpo vale lo que un sueño, y que todo

abrazo real pierde siempre al compararlo con los abrazos admirados en la pantalla o en los lienzos de una inmensa pinacoteca.

Al llegar a mi apartamento, abrí un cofre antiguo donde guardaba montones de revistas como las que utilizaba Livio en sus *collages*. Él no ignoraba que yo podía igualarle en aquella carrera hacia la fantasía.

Sabía seguir su juego con paciencia de verdadero artesano. Como él hacía con mi rostro, yo colocaba el suyo en fotografías de películas o reproducciones de obras pictóricas que mostraban escenarios y ambientes de la Antigüedad. Éste era un requisito imprescindible, tanto para Livio como para mí. Aparecíamos, así, transfigurados en una mitología que combinaba al príncipe Judá Ben-Hur montado en su cuadriga, al joven Paris antes de armar la de Troya o a Marco Antonio lujosamente ataviado para su primera noche de amor con la reina de Egipto.

Nuestras colecciones eran impagables. Nunca tan pocos cuerpos se vieron comprometidos en una gama tan amplia de papeles. Todos heroicos, todos clásicos, todos fulgurantes.

Pero yo podía ir mucho más lejos, gracias a mi inesperado oficio de escritor.

Tomé un baño helado y al poco me encontraba ante la máquina de escribir. Tuve a Livio como yo quería: en la imaginación, en la soledad y celebrando su ausencia. Mientras él estaría inclinado sobre los planos de algún ático para nuevos ricos, yo le incorporaba a las páginas de *Mundo Macho*. Se confirmaba una vez más que si él me derrotaba en iconografía, yo salía triunfador en narrativa.

Pero, a la hora de los orgasmos, cada uno en su casa y Dios en la de todos.

Mis orgasmos estaban acaparados por la ciudad de Roma y las deformaciones de la literatura. En la práctica, corregía las galeradas de *El sadismo de nuestra infancia* y empezaba a escribir *Mundo Macho*. En mi vida cotidiana, me arrojaba de lleno a las experiencias que, más adelante, aparecerían en *La increada conciencia de la raza*. En todos los casos, transmitía a la literatura la inacabable multiplicidad que Roma me ofrecía y que, lentamente, me hacía múltiple a mí mismo. El gigantesco conglomerado de épocas que me permitía vivir en una dimensión constantemente irreal, convirtiéndome en habitante de muchos tiempos distintos y en intérprete de no sé cuántos ciclos novelísticos.

Por mi circunstancia y mi mundo de relaciones imaginé que vivía inmerso en el *international episode* de Henry James o en las páginas de Hawthorne *(The Marble Faun)* y, a fin de proclamar aquella identificación, me dedicaba a frecuentar los escasos cafetines decimonónicos que quedaban en Roma. Caso de trasladarme a Venecia, Florencia o cualquier remoto lugar de la península, buscaba siempre pequeños hoteles decorados al gusto inglés. En resumen, vivía Roma creyéndome un viajero del XIX y, cuando intentaba trasladar mis experiencias al papel, lo hacía con el detallismo exacerbado de un vedutista. También eran de este signo mis aproximaciones a los tiempos de la ciudad. Si me trasladaba al Renacimiento era guiado por los escritos de Berenson; si al Medievo, por los de Gregorovius, si al carácter del pueblo romano, a través de los sonetos dialectales de Belli y Trilussa, si a sus escenas de género, a través de las *passeggiate* de Stendhal o las acuarelas de Roesler Franz. Roma se me ofrecía, así, como un valor cultural diverso, ecléctico, presto a ser inaugurado a cada momento, a cada paso de inacabables paseos por sus jardines, sus iglesias, sus museos y muy especialmente sus callejas.

De las páginas que hablaron de Roma antes que yo extraía una avidez doble, la de sus autores y la mía, resultando algo que semejaba mucho a la antropofagia. Existía completamente poseído por una furia heredada de cuantos enamorados de Roma me precedieron. Por ellos, y desde ellos, escribía como no he vuelto a escribir: a una velocidad frenética, que me empujaba a aporrear la máquina como un orate, prestándome así al fluido libre, desaforado, que me gustaba dar a mi prosa. Dudo que aquel fluido barroco se debiese tanto a la razón cuanto a la dictadura que Roma ejercía sobre mis sentidos. Diecisiete años después, al revisar la edición castellana de *Mundo Macho,* me dediqué a cortar más de veinte páginas de florituras. Y fue como amputar una parte de mi juventud cuando mis sentidos se habían olvidado de ella.

Mi apartamento se hallaba emplazado en un antiguo palacio de la colina del Pincio, situación que lo convertía en atalaya perfecta para dominar la ciudad desde la altura. Era un dúplex con seis terrazas, dos de las cuales se abrían a cada lado de mi dormitorio. Cada mañana, todavía adormilado, apretaba un interruptor, se descorrían todas las persianas y mi cuerpo desnudo se inundaba de luz milenaria, distribuida como en una purificación a cualquier época del año. Acto seguido, comparecían ante mí todos los caprichos de Roma, el principal de los cuales era su capacidad para ser coctelera de los tiempos. Había instalado mi mesa de trabajo delante de un amplio ven-

tanal que me enfrentaba durante horas a aquella visión gigantesca. Partiendo de ella, buscaba sintetizarla en los delirios escenográficos que eran la base de *Mundo Macho*. Entraba entonces mi propio capricho, completado por todo cuanto a lo largo de mi vida me habían ido dejando los medios de comunicación de masas. Porque antes de aquellas experiencias que la alta cultura me ofrecía, yo había tenido visiones espectaculares de Roma sobre las pantallas del cine de los sábados, y todo el erotismo destinado a brotar de mi narración resumía mis experiencias en los tebeos, los cantables raciales, las revistas de físico masculino o las novelas de aventuras. No es, pues, extraño que *Mundo Macho* resultase una novela contradictoria. Es más, lo era intencionadamente, apasionadamente. Resumiría, en la fantasía, el tremendo acto sexual que jamás me había atrevido a realizar, mi fornicación con lo imposible, la síntesis de los tiempos que me habían precedido, condensados en la iconografía de la que fue mi década privilegiada.

No bien miraba al exterior, mis ojos se posaban sobre aquella inmensa escenografía viviente que albergaba toda la heterogeneidad, toda la heterodoxia aptas para resumir las mías propias. Entonces, los colores, las formas, las luces del día se encerraban en aquella visión estupenda, que me acompañaba como un cadáver animado. Y yo era el buitrecillo elegido para arrancarle las vísceras y adornar con ellas los recovecos de mi universo creacional. Respondían a los recovecos, todavía más intrincados, de mi sexualidad.

Pere Gimferrer escribió que *Mundo Macho* era una rareza sin precedentes en la literatura española, y veinte años después pienso que tenía razón. Pero hoy veo que la originalidad del libro —y más que nada su dramatismo— consistía en haber dado una forma a mis propias fantasías y al equivalente vivo de las mismas. El que las personificaba en sus opciones y en sus imposibilidades. El efímero Livio.

Desde que nos conocimos en Siena, cuatro meses antes, habíamos decidido que no hay mejor amante que el que sabe personificar a todos los amantes imaginarios. Y *Mundo Macho* fue la reproducción de esta teoría vital trasladada a un erotismo de sueños atormentados. Cumplía así una exigencia de sinceridad absoluta conmigo mismo. Satisfacía la necesidad de obrar a mi antojo, desoyendo cualquier consigna de antes o después de aquella novela. Ninguna concesión que me obligase a renunciar a mi egotismo y al de Livio emparejado al mío.

Hubo, si acaso, una concesión en la voluntad de buscar un tra-

tamiento técnico adecuado a las inquietudes de la época. ¿Acaso a mi alrededor, en los *salotti* literarios, los defensores de la innovación no hablaban de la *opera aperta,* de las teorías estructuralistas, o del *Off-Off* de Arbasino? Yo no era completamente ajeno a aquel batiburrillo de las formas. Roma, tan antigua, me dictaba al mismo tiempo el nerviosismo de la modernidad.

Si en las descripciones de mi novela el erotismo se escapaba en un flujo irremediablemente subjetivo, en la estructura pretendí acercarme a una cierta idea de la objetividad. En las últimas páginas, el protagonista descubre que todo cuanto ha estado narrando desde el sueño de la marihuana se ha desarrollado sobre una pantalla gigantesca, que él deberá atravesar para caer de nuevo en la realidad. Yo pretendía condensar esta experiencia sin exponerla explícitamente al lector. Todavía me quedaban residuos de las teorías del *nouveau roman*, que años antes nos habían influido poderosamente en las divulgaciones de Castellet. Según aquellas teorías, el autor debía permanecer escondido detrás de sus personajes y buscar en las descripciones la objetividad total. Y aunque en el fondo yo sabía que la teoría estaba envejecida —para no decir que era un coñazo descomunal—, lo cierto es que permanecía como una asignatura pendiente, que me urgía aplicar. De manera que, cuando el narrador de mi novela descubría que todo su mundo estaba encerrado sobre aquella pantalla inexistente, intenté transmitir la experiencia al lector por medios tan artificiales como complejos. Craso error: introducía un elemento behaviorista en una narrativa dominada por la pasión y el subjetivismo. Porque el delirio de *Mundo Macho* no era la pilastra de Robbe-Grillet, y si algo caracterizaba a mi onanismo narrativo era la participación plena, salvaje y sin fisuras.

Sólo después, en revisiones posteriores, he comprendido que aquel enfoque respondía a una actitud esnob y, en el peor de los casos, hipócrita. Pero también era una salida inconsciente, que se limitaba a disfrazar de truco expresivo una actividad vital: la pantalla donde se proyectaba mi relación con Livio.

Llevábamos meses viviendo el sexo en una escenografía que lo apantallaba de la realidad. El sexo sólo existía reproducido en una ficción que adquiría su único valor en la contemplación y sólo digerido a solas encontraba su libre desahogo. Éramos dos eremitas que se habían unido en una complacencia común y nunca satisfecha. Y aspirando a personificar la aventura, el romance y hasta la cultura, había algo a lo que no podíamos aspirar: ni él a mi cuerpo ni yo al suyo. Vivíamos una unión completamente blanca, que sólo se rompía

en fugaces caricias cuando nos encontrábamos delante del televisor, en el revival de viejas aventuras de la Metro. Las veíamos abrazados, buscando ternura y no erotismo, buscando el refugio de los disfraces como medio de trascender la soledad.

Nunca fue trascendida. Si acaso mitificada. Y el Mito ha sido, desde siempre, mi cárcel de oro.

Continuaba traspasando pantallas imaginarias y, durante mi tiempo romano, quise recurrir al sexo como escenario donde experimentar en carne propia la mitomanía que había ido cultivando a lo largo de los años. Así, buscando, conseguí introducirme en la intimidad de Pier Paolo Pasolini.

Esa experiencia que atraviesa mi vida no llegó a destiempo ni me encontró desprevenido, ni se fue, como tantas otras, dejándome con las manos vacías. Llegó debidamente programada por sus películas, sus poemas, sus ensayos, todo cuanto yo había admirado durante años. Pero nuestra relación, tan apta para combinar lecciones históricas, políticas, culturales e incluso religiosas, tenía también mensajes completamente nuevos. Sin yo saberlo, la influencia de Pasolini sería decisiva en mi futuro, porque me mostró con rostro cruel todas las trampas del intelectual en la crisis del siglo. Todo lo que aprendí a su lado me anticipó en varios años las crisis que viviría España, cuando el siglo accediese a instalarse por fin en sus ciudades.

Pero al mismo tiempo fue una relación que nació y se desarrolló en un ambiente enrarecido.

Porque después de contarle toda aquella historia de Livio, después de retozar inútilmente para crear la ilusión de un poco de deseo, él me apartó despectivamente de su lado y exclamó:

—Tú no tienes sexo. Entre las piernas sólo te cuelga una filmoteca.

Por toda respuesta, me abracé a su cuerpo, pensando que así negaba sus palabras, pero él insistió:

—Cuando quieres ser culto, te cuelga una biblioteca. Pero no cambia el asunto.

No era un simple reproche, era una acusación. Pero, básicamente, contenía un grito de alarma. Implicaba un desafío que me obligase a salir de mí mismo. De nuevo intenté sobreponerme, ejerciendo el papel erótico que me presuponía. Me esforcé en imaginar que era una fiera arrojada a un despropósito cósmico, quise sentir la sexualidad como dicen que la sienten los cuerpos libres. Pero el cerebro escapa-

ba hacia otros espacios que ni aquel cuerpo ni cualquier otro han podido ocupar.

Y él lo supo, porque dejó mi cuerpo de lado y se sentó al borde de la cama, ofreciendo aquella visión meditabunda que yo había admirado en sus fotografías o cuando salíamos a cenar, con Elsa Morante y otros amigos de su círculo.

—Elsa me previno —murmuró.

—¿Contra mí?

—Ni a favor ni en contra. Se limitó a decir a ése no se la levantas si no entras en un cuadro de Caravaggio o quien le guste ese día.

—En efecto, no va en contra mía. Porque me honra. Y a ti debería honrarte, puesto que te las das de *uomo di cultura.*

—Por serlo, te digo que lo tuyo es lo más triste que he visto en mi vida. Y completamente anticultural, si entendemos la cultura por algo vivo.

Continuó con los improperios más desagradables. Que alguien hablase de mí me producía un placer superior al que pueda obtenerse por el sexo. Las acusaciones, cualesquiera que fuesen, implicaban una atención que me halagaba. Todo insulto se convertía en una dádiva y cuanto más desastroso me encontrara el otro, mejor lo reconvertía yo en elogios, porque al pintarme bajo tintes tan negativos quedaba instalado en un plano distinto a los demás. Y en esta diferencia me amparaba para sentirme excepcional.

De manera que quise jugar la carta más alta y también la más ingenua. Porque era en realidad la más clasista:

—Si la sexualidad que esperas de mí es la de los golfos que la chupan por una entrada de fútbol, es cierto que soy un fracasado.

Era el momento de incorporarme despreciativamente, como había visto hacer en las películas francesas, pero ya se ha comprobado que mi pareja detestaba el cine fuera del cine, así que continuó gritando que yo era un pobre imbécil y que debía esforzarme en participar plenamente en la vida.

La vida, sí. ¿La de los chulos, la de los macarras, la de los horteras de barrio?

Como continué atacando furiosamente el mundo de sus amigos secretos, se volvió violentamente y levantó el puño para golpearme. Desistió de hacerlo, al sospechar acaso que aquello no era lo que merecía mi rabieta, antes bien lo que mi complacencia estaría esperando. Siguió, pues, con sus razonamientos. Tenía a mano un muestrario ejemplar. El más inculto entre sus amiguitos poseía una alegría del sexo de la cual yo carecía por completo. Los aspectos físicos del

sexo acercaban a la Divinidad de una manera a la que un cerebro prefabricado no podía siquiera aspirar. Y, en última instancia, un macropene vale más que mil palabras.

Entendí el mensaje al revés. Lejos de reaccionar, siquiera de pretenderlo, yo sólo notaba que la experiencia largo tiempo anhelada se me iba de las manos. Y lo que es peor: no sentía el menor interés en retenerla ni completarla.

Y el cuerpo del intelectual admirado se convertía así en otra referencia libresca, carente de vida, como él mismo anunciaba. Un fenómeno que yo esperaba archivar en mi memoria para contarlo sin haberlo sentido, para mitificarlo más allá de sí mismo, abandonado de sí. Acaso para demostrar que estaba en lo cierto, todo intento de pasión quedó clausurado porque busqué a toda prisa una charla de emergencia, una charla que, pretendiendo ser sesuda, sólo era una ingenua escapatoria del compromiso absoluto a que me obligaban las demandas del sexo. A fin de eludirlas empecé a formular un tropel de preguntas desordenadas sobre el origen de una placa inscrita en la fachada de una casa cercana. Decía que en aquel edificio de Via Sistina, Nicolás Gógol había escrito una obra cuya existencia desconocía yo completamente: *La colonia rusa en Roma.*

Con esta escapatoria se ve que yo seguía sin comprender nada. O que empecé a comprender mucho tiempo atrás y disfracé la comprensión con máscaras prestadas.

¿Qué ficción, qué fabulación me prestó en algún momento de mi vida la máscara con cuyos rasgos ofrecía a Pasolini una imagen tan patética?

Él quiso saber por qué le había buscado tanto —para ser exactos—: por qué le había perseguido de manera indecorosa. Ni siquiera se me ocurrió halagarle, diciendo que había sido para la cama. Mezclé conceptos de alta cultura, extrañas búsquedas espirituales, identificaciones creativas y una ambigua forma de admiración que iba de la mímesis al rechazo. Pero callé lo que sólo ahora comprendo: que mi búsqueda implicaba el más refinado método de sublimación a que pudiera acogerse impotente alguno.

Yo nunca abordé la sexualidad abiertamente. Mucho menos en aquella época. Todo eran envoltorios destinados a reconvertirla, a transformarla en algo que no vivía sino que anticipaba el recuerdo. Además, conservaba reminiscencias de coleccionismo infantiloide. Si en la niñez habría llegado al crimen para conseguir los cromos o los tebeos que faltaban a mis colecciones, en aquella primera juventud jugaba a completar el álbum de mis aventuras con nombres y apelli-

dos de relumbrón. Huelga decir que mi afán de coleccionista no era vulgar ni en modo alguno improvisado: provenía de un proceso de culturización que podía ir de lo ingenuo a lo pedante sin distinguir qué frontera cruzaba ni en qué momento. Como estaba podrido de literatura, pensé que mi cuerpo estaba reservado exclusivamente a los seres a quienes había admirado a través de cualquier experiencia artística. Al obrar así prescindía del cuerpo de los demás. Su posesión era un trance que era obligado soportar, pero el deleite que podían producir no era requerido ni, mucho menos, deseado.

Exigía a mis parejas unos créditos culturales muy altos. No sólo colgaba de mi sexo una filmoteca: exigía que los demás la tuviesen también. En tales circunstancias, los intentos de Pasolini por introducirme en su mundo de sexo natural, no contaminado por el cerebro, iban directamente dirigidos al fracaso. Criticaba mi relación con Livio, cuyos pormenores yo le contaba puntualmente, y me convencía de que dejase de frecuentar a mi círculo de amigos que, no por casualidad, eran todos intelectuales y, según él, proclives a perder las noches debatiendo el sexo de los ángeles.

Decidió ayudarme presentándome ángeles completamente ajenos a toda experiencia intelectual. Tenía un ejemplo muy a mano, su amigo, a quien yo solía llamar *Ricitos,* en razón de su cabello, sobradamente idealizado en las películas del propio Pasolini. Era su ángel oficial, el que representaba la recuperación del espíritu popular, incontaminado, que tanto le gustaba invocar. Tan encantador representante del pensamiento salvaje sería a la vez el gran triunfador sobre todas las trampas que yo pudiese tender desde el cerebro.

Era notorio, incluso para el público, que la relación con aquel joven estaba basada en vinculaciones espirituales de una profundidad que, por genuina, yo era incapaz de entender. Para mí, la bondad, la simpatía, la virginidad mental de *Ricitos* colocaban a un nivel de estricta animalidad a un hombre que representaba el paradigma del intelectual moderno, del intelectual comprometido. Y no me refiero a una animalidad sexual, disculpable en muchos malditos, sino a la que daba lugar a un sentimentalismo barato, una poesía que, vista en el cine, me hacía sonrojar. Debilidad sin duda de quien era un poeta excelso. Debilidad que ya había demostrado años antes, malogrando lo que pudo ser uno de los filmes más bellos de la historia del cine al confiar el papel de Edipo a un actor imposible, en razón de fidelidades que yo consideraba criminales para la obra de arte.

El ángel, trasladado al cine, podía generar una poesía que no me

gustaba; pero esta poesía, en la vida cotidiana, era lo que daba a Pasolini toda su fuerza, según me contaba la Morante, día sí día no. Como siempre he sido particularmente insensible a los efluvios angelicales, no aprecié las virtudes de *Ricitos* hasta que ya era demasiado tarde, cuando, poco antes de la muerte de Pasolini, me encontré a Enrique Irazoqui en la Librería Francesa. Acababa de ver al amigo común en un hotel de París, y le había encontrado destruido porque el ángel le había abandonado.

Todo esto ya forma parte indirecta de la historia del cine. Yo tuve la suerte de que formase parte de mi propia historia, pero no supe apreciarlo en aquel momento. Los seráficos mensajes de aquellas relaciones se me escapaban. Sólo alcanzaba a ver que un grupo de intelectuales y artistas —los que componían el llamado *giro di Pasolini*— celebraban con singular delectación la ignorancia de *Ricitos,* le aplaudían cosas que dichas por cualquier otro *giovanotto* hubiesen criticado. Cuanto mayores eran las estupideces que soltaba el zagalón, más genuino, auténtico y dulce le encontraban. Y ante cada una de sus meteduras de pata, la Morante solía sonreír con devoción y, elevando las manos al cielo, proclamaba: *«Ma è proprio un angelo!».*

Mientras a *Ricitos* le aplaudían las gansadas más descomunales, a mí se me censuraba cualquier desliz, cualquier opinión en falso sobre temas que el otro nunca llegaría a rozar. Ante una situación tan descompensada, llegué a pensar que los intelectuales sólo se enamoran de quienes pueden sentir inferiores, aquellos con quienes pueden dar rienda suelta al síndrome de Pigmalión. Pero una vez más me equivocaba. Nadie tenía interés en que *Ricitos* dejase de ser como era. Le mantenían en aquella pureza de bendito, en una maniobra que resultaba benéfica para ellos, para sus necesidades de creación, por lo cual se reducía a una relación completamente egoísta. Me lo hizo ver cierta noche Mirka Limana: «Si le quisieran bien, le educarían para que pudiera defenderse por sí mismo. Pues ¿qué sería de todos esos angelicales pupilos si Pasolini faltase algún día? ¿Cómo se las arreglarán si tienen que regresar a la clase social de donde él les ha sacado para mostrarles un mundo en el que sólo se les considera gracias a él, el gran maestro, el supremo hacedor?».

Fueron palabras proféticas. Pero en su momento reflejaban una realidad que a mí, el discutido, me parecía simplemente ridícula. Querían conseguir una réplica del Francisco de Asís que tanto admiraban, pero el *poverello* de la Italia del bienestar utilizaba su bendita virginidad para soñar con un Maserati y vestirse de delincuente americano en las tiendas más selectas de Via Condotti.

Con tales antecedentes, decidió Pasolini que yo también necesitaba un ángel sexual. Paradoja singular, porque lo que yo estaba buscando era un maestro. ¿Cómo era posible que él no percibiese aquella necesidad? ¿Cómo no ver en mí, de una vez, al discípulo ferviente, presto a embeberse de todas las enseñanzas, ansioso por comulgar en una dimensión espiritual tan elevada que el sexo y sus servilismos dejasen de existir?

Y, ante mis razonamientos, Pasolini se indignaba todavía más:

—Caes tú mismo en tu propia trampa —exclamaba—. Y es la trampa que convierte a la espiritualidad en algo vil y retorcido porque niega la vida.

A veces, se presentaba en mi apartamento con algún *garzoncel* de saludable aspecto cuyas credenciales solían ser: baja extracción, analfabetismo y necesidad de dinero para llevar a bailar a su novia. Mi mente tenía que retroceder a muchos estratos de mi aprendizaje cultural para poder aceptar aquel contubernio y, además, gozarlo. Se me exigía que retrocediese hasta el neorrealismo, y, lamentablemente, ya estaba en la escuela de Nueva York. Cuando Pasolini se iba, me quedaba desamparado ante aquel cuerpo al cual me veía obligado a apreciar por sí mismo. Se desnudaba, se exhibía y yo me apresuraba a encontrar cualquier motivo de conversación. Lo buscaba desesperadamente, sin detenerme a pensar que lo máximo que el alquilado podía darme era su opinión sobre algún *spaghetti western*. Esto cuando era capaz de proferir una frase seguida.

Mi maquinaria sublimadora se ponía en funcionamiento. En lugar de concentrarme en aquellos cuerpos —«cuerpos de probada divinidad», según Pasolini—, justificaba mi retraimiento ante los mismos tratando de aprovechar el tiempo fijándome en las variantes del dialecto romanesco. Otros, más listos, se hubieran aprovechado del puto. Yo practicaba idiomas.

No agradecía la noche sino el momento de la madrugada en que mis visitantes se marchaban y yo quedaba a solas con los ejemplares de la *Commedia,* el *Orlando* y una *Salambó* en italiano que pasó varios meses en mi mesilla de noche. De esta manera, aquel apartamento de Via Francesco Crispi se iba convirtiendo en un santuario de la soledad.

Mientras, en Barcelona, los biempensantes imaginaban que mis noches romanas estaban hechas de disipación, libertinaje y sexo a gogó. Como decíamos, también, en aquellas remotas edades.

Vivía en el absurdo de la sexualidad que no tiene sexo, la que sólo se apoya en los fantasmas. Constataba la existencia de un abismo

infranqueable entre mi deseo y los cuerpos de los demás. Buscaba cuerpos que no comprometiesen a nada, amores que se cumpliesen en la fantasía o en el dramatismo. El tipo de amor que tiene garantizadas todas las seguridades. Y, ya que su origen es literario, su destino sólo puede ser la literatura. Éste es el terreno que autoriza todas las deformaciones. Y a todas me arrojé y todas fueron válidas para acorralar la realidad.

El resultado fue el protagonista de la novela *Olas sobre una roca desierta,* un joven llamado Oliveri en cuyas peripecias intenté combinar la mística de los años sesenta con el espíritu del Romanticismo. Conciliados o no, ambos extremos sirvieron para situar históricamente al que después fue definido como el primer antihéroe de la cultura catalana. Y aunque es cierto que yo le pretendí como tal, no lo es menos que en su peripecia me limitaba a realizar un oscuro retrato de mi propio mundo interior. En realidad, era una consagración del superyó idealizado en sus aspectos más negativos. Una idealización completamente masoquista porque al mismo tiempo me revolvía contra ella, intentando adoptar la aptitud crítica que mi oficio de escritor me exigía.

Bajo un envoltorio sofisticado y con una belleza física que yo nunca tuve, Oliveri exponía aspectos más inmaduros de mi carácter, aspectos que yo no me hubiera atrevido a confesar sin antes protegerme tras la máscara de la literatura. Disfrazaba de virtudes míticas su egoísmo, su predisposición a la crueldad, su narcisismo llevado hasta las últimas consecuencias. A fuerza de encerrarse en un mundo de mitos, sólo hallaría su plena realización en historias relacionadas con la alta cultura. En la misma onda de irrealidad, sus amores con la protagonista, una muchacha ciega, se realizaban mientras él podía aplicar su dominio, pero huía cobardemente cuando ella le anunciaba que podía recobrar la vista mediante una operación.

Hoy sé reconocer que mis similitudes con el personaje también incluían la cobardía. Siempre he reaccionado como Oliveri cuando cualquiera de mis parejas me ha exigido un comportamiento adulto. Siempre he preferido huir hacia el gran drama, dejando en mi huida una estela de crueldad y dolor. Por esto *Olas sobre una roca desierta* es, en el fondo, una novela de pasiones adultas escrita por un niño malcriado.

Cuando me corresponda hablar de aquella época, me referiré al personaje masculino que se escondía tras la protagonista de mi novela. Para precisar el alcance de mis sublimaciones, necesito adelantar ahora mismo que, en torno a mi personaje, a Oliveri, organicé una

serie de retratos femeninos correspondientes a distintas facetas de las tres mujeres que en aquellos momentos dominaban mi vida.

En mi reconversión literaria, la muchacha ciega se llamaba Adalgisa, no sólo porque éste era el nombre de la sacerdotisa druida, rival de la magnífica Norma, sino también porque es el verdadero nombre de la actriz Serena Vergano, que entonces me fascinaba como la más perfecta encarnación de la estética de los años sesenta. Para complicar todavía más el laberinto de la inspiración, aquella Adalgisa, estaba descrita con los rasgos físicos de la cantante María del Mar Bonet, de quien yo estaba profundamente enamorado. Y una de las amantes del apuesto y rubio Oliveri —es decir, yo mismo— era una idealización de Nuria Espert, la mujer a quien más a menudo he incluido en mis obras literarias, bajo todos los disfraces imaginables. La que en mis fantasías y en mi admiración siempre tuvo tratamiento de diosa.

Nuria. Serena. María del Mar.

No es casual que lleguen invocadas por sus dobles en la ficción. No es casual, porque también pasaron por mi vida ejerciendo funciones que las distanciaban de todo contacto con la realidad. Era otra trampa que me estaba tendiendo a mí mismo. Al levantarles un altar, evité cualquier posibilidad de acercarme a ellas como hombre. Y, desde sus alturas, presidían mis onanismos literarios, sin amenazar mi realidad sexual. Así, Nuria se convertía en suprema maga trágica y Serena encarnaba el físico efébico que me hacía confundir a Barcelona con el *swinging London*. Entre las dos proponían el compromiso que, desde niño, lucha en mi interior: la conciliación entre el clasicismo y la modernidad, trasladados en aquella ocasión al terreno de una sexualidad reprimida.

Sólo María del Mar fue incorporada a la realidad durante un instante que se parece mucho a un despropósito. Con María del Mar pude presentar batalla abierta a la represión. La pedí sinceramente en matrimonio la noche en que me otorgaron el Premio Josep Pla. Ella me rechazó esgrimiendo conceptos más sensatos que mi demanda —«somos demasiado jóvenes», creo que dijo— y cerró el caso con los sinceros votos de amistad que siempre hemos conservado.

La devolví a su altar, allá en lo más alto del santuario donde efectúo mis adoraciones al sexo femenino, con holocaustos ignoro si magníficos, ignoro si patéticos.

Pasolini y sus ángeles no fueron mis primeros fracasos romanos ni serían los últimos. La sexualidad que los demás exigían se me escapa-

ba como un fluido que se negase a salir de sí mismo, un río que se basta con su propio cauce y no quiere sobrepasarlo por atractivos que fuesen sus márgenes. El recuerdo de un desengaño sentimental acaecido dos años antes no excusaba aquel aislamiento, por más que me sirviese de pantalla. El sabio rechazo de María del Mar tampoco explicaría mi encierro absoluto en los disfraces de Livio. El fracaso radicaba seguramente en los caminos de mi búsqueda.

Seguía buscando más allá del sexo, contrario a él.

Mi retraimiento rozaba la monstruosidad, y aquella misma semana intenté mejorar la experiencia con una decoradora florentina cuyo atractivo era tan reconocido como su maestría. No traiciono secretos que ella no hubiese traicionado en su momento. Cuando cenábamos con los amigos, junto al mar del Circeo, se dedicaba a contar todos los pormenores de una relación que tuvo para ella lo sorprendente de una escenografía siempre informe y para mí el desconcierto de la experimentación inacabada. En cuanto a Livio, nunca pareció enfadarse. De hecho, su propia hermana me había presentado a la Señora que pretendía poner carne auténtica en el lugar de los manidos disfraces. Y Livio sonreía con la filosofía propia de una soledad asumida incluso en el placer o en él principalmente. Se limitaba a decir: «Filmad vuestras escenas de cama y cualquier día me las proyectas junto a un disparate de los hermanos Marx».

Deformación sobre lo deformado, pero en este caso deformado a su vez por las apariencias.

El físico de la decoradora era tan impactante como su leyenda.

¿Qué alma esnob no rendiría sus armas ante el eclecticismo de una aristócrata que era capaz de concederse a sí misma veleidades vanguardistas, y lo mismo alternaba con los *giovanotti* del teatro llamado *underground,* que almorzaba con la Callas o se presentaba como compañera de viaje de los entonces prestigiosos maoístas?

La década había concedido a sus hijos el derecho a transgredir todas las normas. La década autorizaba fabulosos viajes visuales a través de vestuarios que no conocían fronteras. Una dama con la sensibilidad de la decoradora pudo adoptarlos sin caer en el ridículo gracias a un físico privilegiado y apto para ser escaparate de todos los caprichos del gusto. No el físico de lo bello sino el presentimiento de lo insólito.

Decían entonces en Roma que todas las mujeres insatisfechas se dedicaban a la decoración o al anticuariato. *Quella che fa l'arredamento...* o esposa abandonada o solterona dejada por imposible o jovenzuela recién divorciada. Tres rostros de la soledad.

No era el caso de la Señora o, de serlo, nunca me lo pareció. Supo tomarme entre la decoración de dos apartamentos y, cuando los pintores entraron en el segundo, ella se lamentaba por lo rápido que había sido todo entre nosotros. Sin duda pensaría lo mismo que Pasolini, pero supo callar con la elegancia que la caracterizaba. Y si antes de comparecer completamente desnudo en su presencia, yo le manifestaba mi vergüenza a causa de mi baja estatura o de lo que yo consideraba el tamaño poco satisfactorio de mi pene, ella me aferraba por el cuello y, echándose a reír, exclamaba:

—Alégrate por tu estatura, tontito, así no tendrás que agacharte para meterme la lengua en el chocho.

Su franqueza me inhibía más que mi estatura. Su decisión, su desparpajo, la convertían en una amenaza para mi seguridad y, a fin de superarla, busqué mis defensas idealizando la escenografía viviente en que ella misma se había convertido. No podía ser de otro modo. Si venía fracasando continuamente ante los cuerpos masculinos, allí estaba la Señora ofreciéndome una marea de misterios capaces de estimularme.

Su desnudez reveló una arquitectura no menos deslumbrante. Algo que yo había atisbado en los grandes museos. Porque en un momento determinado se dejó caer sobre la cama, con los brazos abiertos en forma de cruz, las largas piernas unidas y fuertemente enlazadas, como si estuviesen clavadas a lo largo del madero. O así la vi yo, que tal dijérase una virgen a punto de ser inmolada. De manera que, cuando se lo conté a Pasolini, éste volvió a reprenderme porque, además de libros y películas, ya tenía entre piernas una respuesta a la Pinacoteca Vaticana.

Yo buscaba una iconografía y en ella encontraba complacencia, pero aquella mujer ideal cometía el imperdonable error de pedir lo que el resto de los humanos. Estaba esperando mi entrega y yo sólo supe imaginar que su expresión de deseo contenía el estremecimiento de una agonía mística.

Tuvo por un instante el éxtasis de los mártires: el de una Úrsula asaeteada por un láser invisible, el de Águeda pintada por un maníaco manierista, el de la virginal Bibiana arremetida por los cuernos del toro en la Arena de Lyon.

Aquella imaginería me excitaba mucho más que el ponderado cuerpo que tenía a mi alcance. De hecho, aquel cuerpo que esperaba mi entrega me aburría. Deseaba que se marchase de una vez, dejándome a solas entre las fotografías de Livio y el recuerdo de sus disfraces. Pero jamás con el propio Livio convertido en alguien que también esperase vida.

Sólo cuando la Señora se hubo marchado sentí que el deseo fluía por todos los recovecos de mi cerebro. El deseo empezaba a surgir de los rincones más secretos del apartamento, techo del mundo por ser techo sobre los techos de Roma. El deseo dominó mi aislamiento, se hizo mi aislamiento. En aquella soledad volví a sentirme seguro.

El cuerpo intocado había ido dejando a mi alrededor cosas que podía aprovechar, robándolas para mis propósitos. El revoloteo del cabello en pleno éxtasis, la oscuridad meridional de la piel, la dureza de los senos. Pero todo ello no pertenecía al acto sexual sino a la rememoración de algo que me empeñaba en convertir en obra maestra partiendo de la fotocopia.

Entonces, mi imaginación la trasladó a la pantalla que sólo yo podía controlar. Y no la trasladé acompañándola de la mano, como suele hacerse con la amante, antes bien sumiéndola en mares de fantasía, como se hace con un espectro.

De haber sido mujer de teatro, y no decoradora, habría comprendido mi máxima preferida: El espectáculo tiene que continuar, aunque sea momificando a los artistas.

¿Arranca de Roma la plena conciencia de cuantos fracasos estaba destinado a vivir en el futuro? Más bien culmina una tendencia al aislamiento que mi sexualidad fue cultivando durante muchos años de juzgar la vida como si la estuviese observando desde la butaca de un cine.

Del mismo modo que no sentía los cuerpos sino a través de su ficción, no vivía Roma sino en su estética. Desglosé sus tiempos múltiples para provocar nuevas y profundas desviaciones de la realidad. Roma íbase convirtiendo en una acumulación de literaturas que se mezclaban hasta aturdirme. Lo que estaba robando al amor, al placer, se lo entregaba a mis artículos periodísticos. Cada semana enviaba a varias publicaciones españolas textos italianizantes destinados a convencer al lector que un *enfant terrible* también podía poseer una cultura humanística digna de hacerle respetar más allá de los fuegos de artificios que le habían dado renombre. Una vez recogidos en el libro *Crónicas italianas,* noté que los artículos eran excelentes pero acaso innecesarios. Eran belleza muy bien aprendida, pero en modo alguno belleza viva. Eran el catálogo de sensaciones que me apartaban de mi creatividad inicial, deformando con oropeles de enciclopedista amateur lo que tenía que ser estallido de autenticidad, fuerza que me estaba robando a mí mismo para ser sólo una ratita de biblio-

teca que se dedicaba a roer ávidamente las páginas de un sublime volumen llamado Roma incluido en una sublime colección llamada Italia.

Todo lo cual no carecía de emoción, ya que las obras maestras de los demás me permitían conceder a mis propias emociones el estrépito de un delirio.

¿Qué pintaba el sexo en medio de tantas falacias?

El sexo se entretenía dibujando una criatura monstruosa que se presentaba con partes entremezcladas de María del Mar, Serena y Nuria. Pero mi creación no terminaba en ellas. A la mezcla inicial se sobreponían imágenes más poderosas pertenecientes a los héroes desnudos que poblaron las aventuras de mi infancia: el gladiador Espartaco, los jóvenes atletas de Olimpia, el Guerrero del Antifaz, los gallardos agentes del FBI, Serena y la década, Nuria y la tragedia, María del Mar y las voces heridas de su isla...

¿Quién sabría contentarse con un solo cuerpo, un solo rostro, una sola voz, cuando tenía a disposición de sus fantasías una criatura tan llena de recursos?

Sólo aquel Monstruo me complacía. Mientras, Pasolini continuaba empeñado en hacerme un psicoanálisis gratuito y Elsa Morante lo complicaba tratando de convencerme de que mi amor por las ruinas equivalía a una nostalgia del vientre de la madre.

Pero cuando Pasolini hubo terminado de contarme lo de Gógol y su placa recordatoria, prosiguió con su sermón sobre la alegría del sexo compartido, el sexo como fuente de vida y el grado de divinidad que puede contener la polla de un campesino. Tanta sabiduría aconsejaba un aprendizaje definitivo. Así pues, decidí que me convenía enfrentarme de una vez al mundo real y reconocer la sexualidad en el sexo y no en otros lugares. No bien se hubo ido mi maestro, opté por romper las revistas eróticas en cuyas páginas había buscado mi refugio durante los últimos tiempos. Abrí el arcón donde las guardaba a montones. Cuando empezaba a romperlas, reparé en el rostro de Livio, pegado al cuerpo de muchos modelos. Al punto desistí de mis propósitos.

Salí a la terraza y vi que amanecía sobre Roma y pensé que, al igual que el sexo, la ciudad divina se me escaparía. O acaso se me estaba escapando ya, acaso nunca conseguí poseerla por mucho que llegué a estudiarla. Porque tampoco me beneficiaba de Roma sino de su fotocopia idealizada.

En aquel momento pude rectificar mi vida futura.

Lejos de hacerlo, tomé el primer vuelo hacia el país de Nunca Jamás y celebré consulta en el oráculo de Peter Pan. Le supliqué que me permitiese salir de mí mismo, entregarme a los demás, recibir abiertamente un sexo que me diese a conocer el sexo, sentir el calor de algo, hombre, mujer, conejo, gallina, pero algo tangible, vivo, amoroso y también dramático, como una realidad que pudiese hacerme real de una vez por todas.

Pero los disfraces de Livio tenían la posibilidad de mil vidas en lugar de una, y la fotocopia de Roma era más apasionante que Roma misma porque la había sacado de mil Romas distintas.

No rectifiqué. Por el contrario, desplegué sobre el cielo de Roma una inmensa pantalla que lo dominaba todo. Y así Roma volvió a ser la variopinta, irracional escenografía de mis sueños en cinemascope. Los sueños que vieron a tres secretarias americanas conseguir el amor, después de arrojar tres monedas en la fuente.

Sueños de los años cincuenta. Sueños del Peso de la Paja. Cuando mi sexo quedó aprisionado para siempre en las trampas del cine de los sábados.